

ROBERTO VIVERO, *Literatura hecha pedazos*, Ediciones Oblicuas, Barcelona, 2016, 77 pp. ISBN: 978-84-16967-05-6.

La primera vez que abrí este libro me asombré. ¿Se necesitan solo cinco capítulos para hacer pedazos la literatura? Literalmente el libro está hecho pedazos; no hay narración continua, ni versos, ni actos, ni ensayos: hay párrafos separados, numerados y/o titulados. Al principio, un personaje femenino cuenta de forma poética su experiencia la primera vez que hizo algunas cosas y, mientras lo cuenta, nos dibuja su intención de ningunearse hacia lo superior, de despersonalizarse mediante un morbo obsesivo. “Y nada era yo, y todo era yo”. Ella está “enamorada de su placer” y como la mayoría de personas de hogaño solo se preocupa realmente por cumplir sus placeres corporales, nada más allá, sin reparar en la enfermedad que corroe la existencia. Al salir de este primer saco lleno de fetiches, está el pasillo de los retratos, en el que, alfabéticamente ordenados, aparecen descritos músicos, pintores, escritores, filósofos y personajes protagonistas de la cultura y de las cuestiones principales de los hombres, desde Sócrates hasta Duchamp. Descripciones llenas de misterio y lirismo en las que cada personalidad “solo con su leve peso, salía en el otro extremo catapultada urgentemente por encima de las nubes”. Terminado el segundo capítulo, llegamos al planeta piedra, donde no hay ni puntos ni mayúsculas, solo numerosas y varidas piedras: unas pintadas, otras en paredes... En definitiva, no es el planeta Tierra, es el resultado de la presión: una piedra dura, ruinas, “chri, peligro, chri, de la llamada, chri, de lo que muere”. Una visita guiada por un poeta que nos lleva “sin dirección ni sentido por el yermo de los huesos líticos”. *Ecce* un momento de autorreflexión, observar todas la piedras y replantearse las acciones humanas. Tras esto, empieza el cuarto capítulo versando sobre la vida en conjunto. Observamos el dolor ajeno, causa de la unión con otros individuos y del mundo tal y como es; la esperanza, la relación de uno mismo con el devenir no-devenido; la muerte, el inimaginable final de la vida, relación de uno mismo con su final, y un último punto que llama a la comida y al aire y que habla casi desde la no-existencia, en plano metafísico, en una luz despojada de toda corporeidad. Por último, y con intención de desdibujar los supuestos límites, empieza el quinto capítulo, donde unos títulos (o epitafios) traen los límites en virtud de un amor que por una orilla los destruye y por la otra, paradójicamente, los reafirma.

De alguna manera el esquema general del libro presenta una evolución en la forma de concebirse a sí mismo en relación con el mundo. Empieza con el primer contacto, un descubrimiento que deviene en fetiches irreflexivos, puramente inmediatos sensualmente. Se sigue de un primer estudio del pasado, los retratos de otros individuos, ejemplos. Aparece el ecologismo, la observación del ambiente, decepcionante en

muchos sentidos, y se sigue de la condensación de una psicología, análisis del alma individual en relación con el colectivo. Por último, se prelude una metafísica que se prevé ya en los capítulos inmediatamente anteriores. “Literatura no como obra ni como producto cultural, sino como investigación de posibilidades”, eso dice la contraportada. Poética investigación, despedazamiento de la creación como transgresión. Me voy con la sensación de no terminar de entenderlo todo. Doy gracias a Roberto Vivero por este libro tan interesante.

**Adrià Fernández**